

EL MOTÍN



Año XXXIV.-Madrid, Jueves, 24 Septiembre 1914.-Número 39.

SUCURSAL:
RIVADAVIA, 698
BUENOS AIRES

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
CON 16 PAGINAS Y CARICATURAS
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

Charla amistosa

Ha resultado falso que el gobierno francés mandase fijar en todas las alcaldías de la República las declaraciones hechas por Lerroux en París.

Aunque ese detalle no afecte en nada á la gravedad de sus declaraciones, lo consigno de buen grado.

¡Y ojalá pudiera rectificar ciertos extremos de las declaraciones mismas, para evitar que, de romperse un día la neutralidad, alcanzara parte de las responsabilidades al partido republicano!

Como indiqué en el número anterior, tenía el propósito de no seguir ocupándome del acto de Lerroux. ¿Para qué, habiendo dicho, si no todo lo que se me ocurría, casi todo lo que debía decir? Además, no trataba ni de molestarle, ni de zaherirle, ni de aprovechar la ocasión para recordar hechos pasados, ni de bucear siquiera en los móviles que hayan podido inducirle á dar el paso que ha dado, como han hecho algunos periódicos monárquicos, carlistas y hasta republicanos. Trataba únicamente de demostrarle que, aun siendo partidario de que se rompiera la neutralidad, no era el llamado á intervenir en la forma que lo ha hecho.

Pero como los dos primeros artículos del número del jueves 17 del actual, dedicólos *El Radical*, no á desvirtuar con argumentos los que en *EL MOTÍN* se hicieron, sino á buscar contradicciones en los trabajos

que publicaba, forzoso me es, por cortesía y compañerismo, continuar hablando del asunto.

Antes de entrar en materia, permítame *El Radical* decirle familiarmente, que ha obrado en esta ocasión como el médico que, llevándole un herido con dos ó tres puñaladas graves y diez ó doce pinchazos sin importancia, comenzase la cura por los pinchazos.

Viejo en el periodismo, (como en todo), tengo siempre una sonrisa benévola para los compañeros que, cuando se ven cogidos, piden al ingenio que los saque del atolladero, en lugar de extraer de la razón argumentos que deshagan los del contrario. Y la tengo, porque yo, como todo el que emborriona cuartillas á diario y al galope, me ha visto también cogido alguna vez.

Sí; declaro que me he sonreído al ver que *El Radical* ha intentado buscar contradicciones que no existen en los trabajos del último número de *EL MOTÍN*, para poder hacerse el distraído acerca de los puntos á que realmente debió contestar, si quería convencerme de que Pey Ordeix y yo, habíamos disentido al juzgar el acto de Lerroux.

Después de todo, y aun habiendo sido cierto, que no lo es, esto sólo probaría que yo no impongo á nadie mi criterio, y que dejo en libertad á todos los que en *EL MOTÍN* escriben para exponer el suyo.

Demuéstreseme que yo he emitido conceptos contradictorios y lo reconoceré. En asuntos en que la suerte de la Patria se juega, no debe darse la menor intervención al amor propio.

Y dicho esto, voy á fijar concretamente los puntos que habría deseado ver contestados, para modificar ó afirmarme en mis juicios. Estos:

Si *debe*, (poder ya hemos visto que puede) un jefe revolucionario, andar en tratos tan íntimos con los monárquicos, que llegue á enterarse hasta de lo que piensa el Rey.

Si *debe* dar lugar con su conducta política á inspirar á los monárquicos tal confianza.

Si *debe*, una vez enterado (supongamos para argumentar que realmente el Rey pensara así) faltar al secreto que se le confió.

Si *debe*, en el caso de que se le hubiera autorizado para hacerlo público, prestarse á servir de embaja-

dor oficioso de la Monarquía ante un gobierno extranjero.

Si habiendo sostenido que las revoluciones se hacen cuando se *puede* y no cuando se *quiere*, *debe* aconsejar que nos comprometamos en la guerra europea, á sabiendas de que *no podríamos* quedar airosos.

Si *debe* decir un republicano, «que no importa aplazar la venida de la República cuando se trata de salvar la Patria», habiendo sostenido siempre que la Monarquía española es incompatible con ella.

Si *debe* contentarse con aconsejar ó pedir que se ayude á Francia, teniendo expedito otro camino mejor: el del ejemplo.

Si *debe* obrar por su cuenta en asunto de tanta trascendencia, siendo jefe de un partido democrático, al que consulta hasta para elegir concejales.

Si *debe* ir á ofrecer á los aliados lo que, según *El Radical*, su órgano en la prensa, tienen ya concedido por un pacto secreto.

Si *debe* despertar en los franceses esperanzas que, al verse defraudadas, pudieran trocarse en odios.

A esto esperaba y deseaba yo que *El Radical* hubiera contestado, para ver si me convencía de que el acto de Lerroux merece ser aplaudido y secundado, por patriótico, por oportuno y por conveniente; mas no lo ha hecho. Ha preferido buscar contradicciones en los trabajos de *EL MOTÍN*, cual si esto pudiera desvirtuar las declaraciones de Lerroux.

Afortunadamente, todavía está á tiempo de contestar. Desvanezca con argumentos incontrovertibles mis dudas, y reconoceré el error en que caí, y defenderé la actitud de Lerroux con la constancia que siempre puse en todos mis empeños.

No será la vez primera que defienda á los que combatí, cuando supuse que podían prestar un servicio á la Patria, palabra para mí sinónima de la de República. Recuérdese lo que hice en 1899 con Castelar. Recuérdese lo que hice en 1903 con Salmerón. Recuérdese lo que intenté hacer dos veces con Sol y Ortega. Como nunca obro por móviles interesados, no abrigo animosidades mal sanas.

Parodiando á los médicos que dicen: «No hay enfermedades, si no enfermos», yo puedo con justicia decir: «No juzgo hombres; juzgo actos.»

RESPUESTAS Y EXPLICACIONES

Voy á contestar párrafo por párrafo á las preguntas y observaciones que me hace *El Radical*. Es mi costumbre, y en esta ocasión es además mi deber.

Comienza diciendo *El Radical*, que después de haber leído su fondo del miércoles, en que salía al paso de las principales observaciones que pudieran hacerse al acto de Lerroux, he formulado las mías.

Permitame contestarle que, á menos de ser adivino, no hubiera podido hacerlo. EL MOTIN queda ajustado todos los lunes de cuatro á cinco de la tarde.

El que le pareciese que yo contestaba á lo que él dijo dos días más tarde, sólo prueba que son tan de clavo pasado las observaciones que hice, que se le ocurren á todo el que juzga sin apasionamientos.

¿Que á qué me refiero al decir que España necesita concentrar dentro de sí todas sus energías, porque busca y espera ansiosa un nuevo y más alto ideal que los que hasta aquí guiaron sus pasos y trazaron su vieja y gloriosa historia?

A lo que tantas veces repitió Lerroux, copiándolo del gran Costa; á que busque en la escuela y la dispensa su redención intelectual y económica. Me parece que este ideal, al que siempre aspiré, bien merece ser calificado de alto, y, sobre todo, de nuevo en España.

¿Qué Lerroux no ha preconizado una guerra de conquista?

Tiene demasiado talento para no comprender que eso hubiera añadido, al error de ir á Francia, el de manifestar una aspiración ridícula. ¿Conquistar á quién, cómo y para qué?

Lo que Lerroux no hubiera podido evitar, una vez triunfantes los aliados, es que la Monarquía, al verse con tres cuerpos de Ejército victoriosos, mirase instintivamente hacia Portugal.

¿Que en la guerra actual están en lucha la civilización y la barbarie, y debemos defender la primera?

Conformes. Luchar por la civilización, más que anhelo justo, es deber ineludible. Y hasta no sería difícil probar que, siendo un deber, tenemos el derecho de difundirla é imponerla: el deber y el derecho son correlativos. Pero una vez probado esto, se nos impondría el aplauso y la ayuda á los gobiernos monárquicos que dicen que hemos ido á Marruecos á imponer la civilización.

¿Por qué nos oponemos los republicanos á que España ejercite ese derecho? Porque, aunque resulte el razonamiento un poco egoísta, es más justo procurar civilizarnos antes nosotros, el mejor de los caminos para lograrlo, decimos, es traer la República. ¿Por qué no la traemos entonces? Porque las cosas se hacen cuando se puede, no cuando se quiere. Poco há que Lerroux lo afirmó en un mitin, al disculparse por no haber hecho la revolución que tantas veces ofreció.

Además, esto de la civilización va resultando un tanto vago. Cansados estamos de repetir que Alemania iba á su cabeza, y ahora la condenamos por bárbara. ¿Sin endechas que hemos cantado á sus filósofos, á sus literatos y á sus maestros de escuela, para encontrarnos ahora con que el pueblo formado por ellos puede competir en salvajismo con el más analfabeto y cruel!

¿Que donde quiera que el hombre vea una violación de derecho, una injusticia ó un crimen de lesa humanidad debe acudir á impedirlo? Siempre que pueda, sí. Mas ¡ay! no siempre puede. Ni el hombre, ni la colectividad tampoco. Y no voy á buscar ejemplos fuera de España. Ni en España fuera del partido republicano. Ni á retroceder mucho. ¿Qué hicimos los republicanos ante el crimen de lesa patria que se cometió en 1898? ¿Qué ante los crímenes políticos de Infesto, Salamanca, Jumiella y Osera? ¿Qué ante el movimiento revolucionario de 1909? Protestar de palabra y condenar de pluma. ¿Por qué? Porque no estábamos organizados ni preparados para otra acción. Que es precisamente lo que hacemos ahora, al juzgar la conducta de Alemania: hablar y escribir, porque no podemos hacer otra cosa. ¿Y vamos á pretender que España haga por la civilización europea, lo que no hicimos nosotros por la idea de justicia ni de Humanidad en nuestra patria?

¿Que hay gran diferencia entre la estéril, imperialista y suicida guerra de Marruecos, y el bárbaro atropello de que ha sido objeto Europa? Indiscutible. Mas reconociendo que es el imperialismo quien nos ha conducido á Marruecos, ¿cómo se pretende que los partidarios de él vayan ahora á combatir por la civilización, para ahogar el imperialismo alemán? Paréceme esto una contradicción inexplicable, sobre todo en hombres que, para oponerse á la guerra de Marruecos, echaban principalmente mano de estos dos argumentos: nuestra escasa potencia económica y la necesidad de aplicar todas nuestras energías al desarrollo de nuestra vida interior. ¿Y vamos

ahora, no habiendo sido ofendidos ni provocados, á renunciar á nuestra anhelada regeneración, estando peor aún que cuando hacíamos esos argumentos contra la guerra de Marruecos? Ni don Quijote mismo se echó al campo sin probar antes su espada, su lanza y su rodela.

Al llegar aquí, cree *El Radical* hallar contradicción entre lo dicho por mí y lo que Pey Ordeix escribió en su artículo *Lerroux-Dato*, y voy á demostrarle que se equivoca.

Pey Ordeix, al juzgar la forma en que Dato había comentado el acto de Lerroux, dijo lo que yo no he negado ni niego: que un pacifista puede ser guerrero en un momento dado, por amor á la paz, y que por esta razón debía Dato haber enfilado por parte distinta el ataque. ¿Pero qué tiene que ver esto con el hecho de haber ido Lerroux á París á ofrecer implícitamente, en nombre del Pueblo y del Rey, la ayuda de España, no estando autorizado para ello ni por el uno ni por el otro? Porque, en suma, esto es lo que se discute, no el que Lerroux piense en este punto de la neutralidad lo que le acomode. Y tanto es así, que ni Pey Ordeix ni yo nos ocupamos de las declaraciones que en España hizo Lerroux, hasta después de haberlas repetido, ampliado y agravado en Francia. Cuestión opinable, alla que cada cual la vea como quiera.

Pero desde que hablo en París, la cuestión varía por completo. Exponer teorías, no es igual que realizar actos. Y del acto de Lerroux es de lo único que debemos tratar, hasta poner en claro á quien pensó servir con él: si á la Monarquía ó la Patria; que á la República no fue, él mismo lo ha contestado.

«Al levantarse una gran parte de la conciencia nacional contra Lerroux, ¿no será más bien porque esta conciencia nacional carece de ideales?»

Esto me pregunta *El Radical*. Y le contesto:

En boca de un republicano, esa duda resulta ofensiva para la conciencia nacional. ¿No decimos que la Monarquía apenas tiene otros partidarios que los que á su sombra explotan y arruinan á España? Luego la conciencia nacional anhela ver establecida la República; luego tiene un ideal, el de ver si bajo su gobierno puede acabar con el despilfarro que lentamente la extingue y con la injusticia que la mata poco á poco.

Mas vamos á suponer que realmente carece de ideales. ¿De quién sería la culpa? De todos los que hemos contribuido á ahuyentármelos no respondiendo á lo que de nosotros esperaba; de cuantos hemos

dado motivos para que, al juzgar los hombres importantes de todos los partidos, se haya dicho: «todos son unos»; de los que, con promesas de mal pagador, no hemos satisfecho ni una sola de las muchas deudas que con la opinión hemos contraído. Y no insisto en este punto, por temor á ir muy lejos, y por entrar en este otro:

Admitiendo sin discusión que la conciencia nacional carece de ideales, ¿cuál sería el que despertase en ella el ver á España envuelta en una lucha en que acabara de completarse su ruina, de agotarse sus fuerzas? Caería en el mas desolador de los pesimismo, el que nace del convencimiento de la propia impotencia; y sabido es que, pueblo pesimista, pueblo muerto.

Si los republicanos no tenemos para levantar el espíritu nacional ideales mas altos que el de empujar al pueblo á verter en contiendas que tanto tienen de civilizadoras como de interesadas, la sangre que no le hemos pedido para implantar en nuestra nación bajo base firme é indestructible el reinado de la Libertad y la Justicia, nosotros, los republicanos, somos los que carecemos de ideales, y, por lo tanto, de derecho para lamentarnos de que España no los tenga.

Me pide también *El Radical* una respuesta terminante del por qué copie en el mismo número que combatía a Lerroux por sus declaraciones, el artículo de Alomar titulado *Mi protesta*.

¿Qué por qué? Por que fué escrito para lamentarse vivamente de que el nombre de España no hubiese figurado junto al de los Estados Unidos en la protesta contra los mauditos excesos cometidos por los germanos en su invasión. Por esto lo copie. Y por que hacia de magistral manera el parangon entre lo que en el mundo representan Francia y Alemania. Y por que nada tenia que ver la protesta contra los crímenes cometidos, con la ruptura de la neutralidad. Y lo prueba, el que los Estados Unidos protestaron y neutrales siguen.

Me advierte asimismo *El Radical*, que en el artículo de Alomar que reproduce, hay estas tres afirmaciones:

Primera. No se puede ser neutral ante la violación de los Tratados internacionales.

Segunda. Si España se lanzara á la guerra, iría a una guerra de ideal y de libertad, de derecho y de justicia.

Tercera. Si España no se lanza á esa guerra, en que se debate la suerte del mundo, es que quiere que seamos eternos simios.

La primera afirmación es cierta.

La segunda, casi se sobreentiende.

La tercera, no se hace.

Contesto, pues, á la primera:

No hay ni un republicano que sea neutral; pero todos, incluso Lerroux, callamos cuando fué agredida Servia é invadida Bélgica. Nuestras voces resonaron mucho después. Por tanto, nada de monopolios de indignaciones tardías.

Y respondo á la segunda:

Conforme con que, si España se lanza por fin á la guerra, sea en favor de los aliados. Lo he dicho antes que Alomar. Lo que no he dicho, ni tampoco lo dice el en su artículo, es que debamos lanzarnos.

Y á la tercera nada opongo, puesto que Alomar no ha hecho tal afirmación.

Creo que *El Radical*, después de esta explicación, no se extrañará de que copiase el artículo de Alomar, que en nada contradecía lo que yo había sostenido.

Otro que ha publicado después titulado *¿Neutralidad?*, y en el que se inclina abiertamente hacia el criterio de Lerroux, ni lo he copiado, ni lo copiaré, ni lo rebatiré tampoco. Realice un acto parecido al de Lerroux en París, y entonces lo combatiré.

Y ahora, después de haber contestado a todas las preguntas de *El Radical*, ¿será él tan amable conmigo que quiera responder a esta?

Suponiendo que la neutralidad se rompiera mañana, por la causa que fuere, y que se formara un ministerio nacional como en Francia y como en Bélgica ¿cree el colega que le prestaría Lerroux el apoyo a que le obligan sus declaraciones, bien tomando personalmente parte en él, bien cediéndole alguno de sus hombres importantes, prescindiendo accidentalmente de sus ideales republicanos, ya que ha declarado que no son necesarios para velar por la honra, el prestigio y la seguridad de la Patria? ¿O cree que, en vez de servir á la Monarquía como ministro, iría a defenderla en el extranjero con las armas en la mano?

La contestación á esta pregunta podría contribuir á llevar por otros caminos la actual polémica, ó tal vez a suprimirla por innecesaria. Siendo afirmativa la respuesta, ¿para qué mantener una polémica completamente inútil?

Las resoluciones irrevocables, ni se tuercen con argumentos, ni se evitan con censuras. Y la de Lerroux parece serio.

Resumiendo

Lo que EL MOTÍN quiso poner y puso de relieve en el artículo titulado *El acto de Lerroux*, fué, principalmente, la escasa eficacia militar y la poca utilidad práctica de nuestra inter-

vención en favor de los aliados. Añádese á esto la no infundada presunción (por las circunstancias que en el mentado artículo se indicaron) de que la intervención pudiera llevar a España al desastre ó al ridículo. De ahí que, aun dando de lado á todos los demás aspectos de la crítica á que se presta el acto de Lerroux, aun concediendo que fuese «un gesto en pro de la civilización», hay que estimar peligroso ese gesto. Y no quiero decir aquí, como *El Radical*, esa postura aludiendo á los que combaten a Lerroux.

¿Cuál es el ideal de España? pregunta *El Radical*. Habíamos quedado en que el ideal de España debe ser el de reconstitución interior, guiando la acción protectora del Estado más hacia la despesa del pobre que hacia la caja del rico; más hacia la tierra y el trabajo, que hacia la renta y sus especulaciones; más hacia las industrias naturales, que no hacia las que sólo pueden vivir al amparo del arancel; mas, en fin, hacia la cultura general del pueblo para libertar su mente de todos los fetichismos religiosos, políticos y socialistas, que no hacia la estéril cía artificial de los europeos.

Y habíamos quedado en que para esto era necesario y urgente traer la República, cuya venida se retardaría con nuestra inútil intervención en la presente guerra.

¿Que cual es el mas allá que mira España?

El más allá que mira España podría ser el de, mediante su reconstitución interior, alcanzar la supremacía ideal sobre los demás pueblos, única que por razón de su historia y de su estado económico puede ya codiciar. La repugnancia del pueblo español á intervenir en esta guerra, mas bien que carencia de ideales, acaso sea una prevision del instinto, que le advierte que el engrandecimiento de nuestra patria solo esta en vivir libremente su propia vida, no en ahogarla y ahogar su peculiar genio bajo la influencia francesa o inglesa o alemana o vaticana.

¿Qué donde está la contradicción en el acto de Lerroux? En querer emplear en una acción exterior innecesaria, ineficaz y sin resarcimiento, las escasas energías de la nación, que las necesita en primer término para si misma, para su reconstitución interior, para dedicarias preferentemente a nutrir los estómagos y los cerebros. He dicho.

Herejía republicana

Dijo Lerroux en Francia, que no le importaba que se retrasase el advenimiento de la República, si se

rompía la neutralidad y, puesto el Rey al frente de dos ó tres cuerpos de Ejército, retornaba victorioso.

Parecióme esto tan absurdo, tan estúpido, que no quise comentarlo hasta ver si Lerroux lo desmentía. Como no me he enterado de que lo haya hecho, voy á ocuparme de ello en este número, ya que en el anterior lo pasé intencionadamente por alto, por no añadir cargo tan grave á la cuenta de los que se le han hecho á Lerroux. Mas ya que me he visto obligado á insistir en el asunto, le digo, como á cuantos piensan como él:

«Soy republicano, por creer que la palabra Patria va implícitamente é indisolublemente unida á la de República; pero si ahora se declara y se admite que en España hay que renunciar á la aspiración de establecer la República para honrar, salvar, enaltecer ó engrandecer la Patria, confieso que he sido un solemne botarate toda mi vida combatiendo la Monarquía.

Y estoy por enterarme de dónde está Melquiades Alvarez, para ir á verle, andando y descalzo, y rogarle sumisamente que se digne concederme cinco minutos de audiencia; y si me los concede, llegar, arrodillarme humildemente á sus plantas, y con voz entrecortada por el remordimiento, suplicarle con lágrimas en los ojos que me conceda piadoso el perdón que le demando por haberle dicho que al traspasar los linderos de la Monarquía asestó á la Patria una puñalada tramera.

Y haría más. Si estuviera aún en edad adecuada para servir en algo á mi Patria, me pasaría con la frente muy alta y la conciencia muy tranquila á la Monarquía, ya que la República debe en los momentos supremos ser pospuesta á ella en bien de la Patria.

Fuí siempre republicano, y continuo siéndolo, por creer que Patria y República son consustanciales. Pero si sospechase que pudiera llegar un día en que para servir á mi patria tuviera que contribuir á alargar la vida de la Monarquía, dejaría inmediatamente de serlo. ¿Qué significaría para mí la República, si en los trances difíciles hubiera que acudir á la Monarquía para salvar á España?

Por eso me pareció tan absurda la afirmación de Lerroux, que me abstuve de comentarla; y por esto me hubiera alegrado que la desmintiera ó la explicase.

Más sobre la receta infalible

Siguen los periódicos clericales amenazando más ó menos emboza-

damente con la guerra civil si la neutralidad llega á romperse.

Que soy partidario de la neutralidad, ya lo he dicho y razonado el por qué. Mas vamos á suponer que, contra la voluntad del pueblo español, partidario de que se conserve, se rompiera algún día, y que los carlistas y los mauristas intentaran alzarse para favorecer á Alemania.

(Antes de proseguir debo explicar por qué he dicho carlistas y mauristas. Lo he dicho, por que hoy los mauristas están á partir un piñón con los alemanes, abriéndoles cariñosos las puertas de sus centros; y además por el carácter marcadamente jesuítico que tienen Maura y los de esa agrupación).

¿Cuál debería ser entonces la actitud de todos los que de amantes de la Libertad nos preciamos? Acudir inmediatamente á apagar el fuego que en nuestra casa se iniciaba, prescindiendo por el momento de que ardiese la ajena.

Y para poder hacerlo pronto y bien, no estaría demás que fuéramos pensando desde ahora en cómo y por dónde deberíamos empezar á extinguirlo.

Al llegar aquí, de seguro que hay ya quien se esté diciendo:

«Este va á salir con la cantinela de siempre.»

Y el que tal piense, no se equivoca. Sí, por la misma salgo. Y propongo:

Que el Gobierno que se nombre aquel día, forme inmediatamente una lista, que se fijará en letras grandes en todas las esquinas, de los conventos, asilos y dependencias de todas clases que tengan los frailes y jesuitas en Madrid, con la calle y el número de cada uno; y las entradas y salidas.

Y otra lista, que se pondrá al lado, de todos los individuos del clero secular que simpaticen con ellos.

Y otra, que se pegará también, de todas las personas de algún viso en el partido carlista y en el maurista: senadores, diputados, aristócratas, banqueros, grandes industriales, comerciantes al por mayor, y demás señores que puedan por su influencia, su dinero ó su prestigio, lanzar al campo las masas fanatizadas.

Estas medidas se harán extensivas el mismo día á todas las provincias, para que los gobernadores civiles les den inmediato cumplimiento en la capital y en todas las poblaciones de importancia.

Y para evitar que desde el primer momento pueda el Pueblo intentar tomarse la justicia por su mano, al final de cada una de estas listas preservativas, y en letras mayores aún, se insertará un decreto que contenga esta sola disposición:

«Todo individuo que antes de haberse levantado una partida carlista en cualquier punto de España, osare

molestar ó perjudicar en lo más mínimo á ninguno de los señores contenidos en la precedente relación, será sometido á juicio sumarísimo y pasado inmediatamente por las armas.»

Con esto, y con suspender las garantías constitucionales en toda España, y anunciar la prisión y embargo de bienes de todos los apuntados en las listas en el punto mismo que se enarbole la bandera de la rebelión, que me fusilen á mí si á los tres días, y sin sacar la tropa de los cuarteles, no se ha ahuyentado de España, y para siempre, el peligro de la guerra civil con que hoy amenazan los elementos reaccionarios si la neutralidad se rompe.

Una sola dificultad podría haber, en el caso improbable de que se levantara una partida despues de haber dado el Gobierno esta gallarda muestra de previsión: la de llevar á la práctica las medidas indicadas, por falta de personal judicial y de policía que realizase tantas prisiones en un par de días; pero seguramente la buena voluntad y la abnegación del pueblo patriota, nunca remiso ni perezoso cuando de salvar la Libertad se trata, allanaría la dificultad.

Mas ya he dicho que no creo que hubiese necesidad de apelar á este extremo: la sola fijación de las listas en todas las esquinas, y la saludable advertencia de que serían embargados los bienes de todos los que figurasen en ella al ser reducidos á prisión, contribuiría grandemente al mantenimiento del orden. Ya se encargarían frailes, curas, jesuitas, aristócratas, banqueros, industriales y comerciantes de contener los entusiasmos bélicos de sus salvajes, aunque rezadoras huestes.

El santo temor á los ataques al bolsillo, inspira siempre al cerebro argumentos pacíficos.

A Juan Lanas

Mi antiguo y querido amigo: Partí de ligero al decirte en el número anterior que en este contestaría á tus preguntas. Debí haber pensado que no era empresa llana. Y lo prueba el que llevo dos minutos con la pluma en la mano sin ocurrírseme por dónde enfilar la respuesta. Pero como no tengo otro remedio, pues lo ofrecido es deuda, alla voy, á salga lo que saliere.

Comprendo que estés aturdido y no sepas qué camino tomar. Poco más ó menos, á casi todos nos pasa hoy lo mismo. Hemos perdido en menos de dos meses muchas brújulas al ver cuartearse las cuatro firmísimas columnas del edificio social.

La religión es, dicen algunos rutinariamente, guía infalible de mo-

ralidad: «Ama al prójimo... No hagas con otro lo que no quieras que hagan contigo...» Hermosos preceptos en teoría. Pero en la práctica... Que fuese ahora el propio Cristo á predicarlos á los ejércitos beligerantes, cristianos todos, y lo fusilaban por propagador de doctrinas subversivas.

El orden es la base fundamental de las sociedades, habrás oído decir toda tu vida. Asómate, si tan guapo eres, á las fronteras francesa, rusa, alemana, austriaca, belga y servia, y ven á contarme luego cómo anda por allí esa base fundamental.

La propiedad es sagrada. A su costa lo aprenden todos los que atentan á ella, aunque esté representada por un troncho de col. Y á pesar de esto, si alguien protesta hoy cuando lo despojan de la suya, le suprimen por añadidura el resuello.

La familia es la única de las columnas que no se tambalea, porque se ha derrumbado ya: cada fragmento anda por donde Dios quiere.

Y estando así los cuatro principios fundamentales, calcula tú cómo andarán los secundarios.

Por esto, repito, no me extraña que te halles turulato é irresoluto, pues así estamos todos.

En lo de irte con unos ó con otros, tampoco sé qué decirte: por tanto, lo mejor será que te quedes con el Padre Quieto. Si te dejan.

Antes de armarse la zambra, te hubiera dicho si llegas á consultarme: «Vete con los socialistas, enemigos de la guerra, para ayudarles á impedirla con la huelga general, según tantas veces han ofrecido.» Mas hoy, después de haber visto que los de Alemania, tan cultos y tan numerosos, han secundado la agresión del Kaiser, y matan como alemanes á los que aman como socialistas en Francia y Bélgica, hoy, la verdad, no me atrevo á aconsejarte que te vayas con ellos. Donde menos pensarías tropezar con un hermano descendiente de Caín en línea recta.

Lo de que te encuentras sin blanca después de descrismarte, no me sorprende: siempre te ocurrió lo propio. Pero consuélate pensando que el fruto de tu sudor, convertido en capital, (trabajo acumulado, según habrás oído decir) se ha transformado en esas maravillosas máquinas de guerra que lo mismo arrasan en un cuarto de hora una ciudad, que barren veinte regimientos, que incendian cien edificios. Cada gota de tu sudor de ayer, echado en el crisol de la alquimia social, se convierte en plomo, que hace derramar otra de sangre.

No puedo decirte lo que te ocurriría si te conquistaran los ingleses ó los rusos, ni creo que debes preocuparte de eso; mafias se hablan de dar para empeorar tu estado.

En cuanto á lo de que si te obligarían á descubrirte ante el viático, ó si te apalearían como los clericales, ó si te prenderían á cada paso, permíteme decirte que, ante las brutalidades á que se entrega la que llamábamos la Europa civilizada, todos esos resultan atropellos insignificantes, aun siendo grandes. Ya habrá ocasión de hablar de esto.

Hoy por hoy, sólo te digo:

Si tú no sabes qué hacer, yo no sé ya lo que pensar, al ver á socialistas corriendo entusiasmados á la guerra; á religiosos pidiendo ayuda á Dios para exterminar á sus contrarios; á pueblos civilizados procediendo como salvajes; á católicos deseando el triunfo de los que destruyen sus iglesias; y, descendiendo un poco, á revolucionarios españoles trabajando para afirmar el edificio monárquico sobre tres ó cuatro capas de cemento formado con cráneos, fémures, tibias, y amasado con sangre de compatriotas y lágrimas de madres.

Y estando de este modo, tú sin saber qué hacer, y yo incapacitado para pensar, ¿no te parece lo mejor, amigo Juan Lanás, que aguardemos á ver en qué queda esto, para pensar y hacer lo que nos convenga?

Seguro de que serás de mi opinión, me repito tuyo hasta la pared de enfrente... (¡no; hasta esa no; que es la pared del edificio de los jesuitas!), hasta la pared de enfrente de tu casa, que no recuerdo bien ahora si es la de San Bernardino, la del Hospital ó la del Cementerio.

ULTIMA PREGUNTA

En el artículo ese que *El Radical* me ofrece como «salida al paso de mis observaciones», sostiene la consecuencia en la conducta de Lerroux entre la oposición hecha á la guerra de Marruecos y el ardor con que se adhirió á la guerra europea.

Si yo no entiendo mal, el discurso del colega intenta decir esto:

«En Marruecos combatió al imperialismo español agresor de los moros, procurando impedir la agresión armada con la campaña pacifista. Ahora, en Europa, la España no es la agresora imperialista, sino la democrática agredida en su libertad por el imperialismo alemán, y rechaza la agresión con las armas, como recurso único y forzoso para atajarla.»

En punto al «ideal» expuesto por el colega, estamos de acuerdo, ó poco menos. En las teorías generales, Alomar piensa como *El Radical*, como yo, y como todo liberal democrata.

Pero aquí no se trata de la teoría universal, sino de la «postura política» de Lerroux, que fué á indicar

en Francia que era la de los republicanos españoles», de «acuerdo con los deseos del rey». Por lo tanto, pregunto á *El Radical*, que intenta justificar la «postura» de Lerroux con el odio al imperialismo:

De haberse realizado la profecía de Lerroux, la de los tres cuerpos de Ejército, y el regreso triunfal del rey victorioso á su cabeza, arrai-gándose con esto la monarquía, ¿qué porvenir caía sobre España? ¿Sería el reinado absoluto del imperialismo, ó el comienzo de la democracia?

¿Es que no existe en España algún germen imperialista? Y si ese germen, ó más que germen, había de desarrollarse con el soñado triunfo, ¿no ve *El Radical* que de ello resultaría que Lerroux había ido á luchar en Francia contra el imperialismo austro-alemán, y favorecido en España el imperialismo vaticano-español?

JOSÉ NAKENS

Los milagros de la guerra

«FRANCIA UNA»

La fatal guerra cuyas consecuencias van á ser universales en la rectificación de fronteras y en la rectificación de ambiciones; en los sentimientos y en la industria; en el Hecho y en el Derecho; en la estimación de sí mismo y en la estimación ajena; esta guerra cuyos males tocamos y cuyos beneficios no soñamos todavía, va á producir desde luego contrario efecto en Francia y en Alemania. De ella va á salir la *Francia una*, cuyos espíritus, antes enemigos, se está fundiendo en un solo amor al fuego de los cañones, como se funde en el mismo surco la sangre de corazones que se rechazan.

La honda discordia religiosa ha desaparecido. Gómez Carrillo, en una de sus preciosas crónicas, describía este fenómeno. El sacristán y el apache, la hija de la caridad y la «danseuse», abrazadas están en la trinchera.

«Todos los sacerdotes jóvenes—dice el cronista—están ya incorporados como soldados en las filas del ejército, y uno de los generales que mandan en la frontera y que propuso á los clérigos de su cuerpo de tropas que, para no empuñar un fusil, se consagrasen á los trabajos de las subsistencias y de las ambulancias, recibió de ellos la noble respuesta siguiente:

—Como franceses, queremos morir al lado de nuestros hermanos.

»En las iglesias, llenas de mujeres, los curas viejos, que no pueden lu-

char, oran por los que están en la guerra. Los obispos, unidos á los diputados socialistas y á los prefectos radicales, presiden, como lo dice hoy un telegrama de Poitiers, las ceremonias de la entrega de las banderas á los batallones.

«Toda Francia, la roja y la blanca, está unida.»

¿Dónde están la Francia judía, la Francia atea, la Francia jacobina, la Francia clerical, la Francia anárquica? ¿Han desaparecido! Todas se han fundido en una sola Francia, con la cual los alemanes no soñaban.

Aquella Francia católica, discolorada, tumultuaria, bullanguera, intrigante, parricida de la patria, con cuya alianza contaban los alemanes para vencer al Ejército; la «Francia monárquica, legitimista y misantrópica», con quien contaban para derribar la República; la Francia antimilitarista, sindicalista y ácrata, sobre cuyo estorbo calculaban imposible la movilización de las tropas... ¡todas esas han desaparecido como fantasmas, al grito de guerra lanzado contra la nación. La labor de veinte años del Papado en forjar la «Francia católica» y el «partido católico francés»: las intrigas jesuíticas de treinta años de minar el ejército y el pueblo, todo ha fracasado. Inútilmente los clericales de otros países están repitiendo como versículos de su breviario, por boca de *El Siglo Futuro*:

«En Francia, la situación es por todas partes tristísima y reveladora de la indisciplina social, de la pérdida de toda noción de orden y moralidad y del espíritu anárquico que corroen á esa nación.»

¿Anarquía ha dicho? ¿Indisciplina social? ¡Mentecato! En un mismo combate han hallado muerte el gran Rabino y el fraile de Jerusalén, el Hermano de las Escuelas Cristianas y el maestro Laico. Sobre la acción disolvente de las religiones, sobre la influencia deletérea de las iglesias, sobre los sentimientos y discordias promovidas y azuzadas por los Dioses y por sus pontífices, ha aparecido como Maga la diosa «Patria», á cuya presencia cayeron rotos los ídolos romanos ó judaicos. Para inmolarse en su altar arrojó sus tocas vestales la monja y sus oriflamas la bailarina, y vistieron ambas el hábito santo de la cruz-roja. He aquí reducidos á cenizas por el fuego de la guerra aquellos miembros putrefactos y disueltos, dando vida al nuevo Fenix de la *Francia una*. Al conjuro de la Patria, corriéronse los anatemas fulminantes.

Los que no sabían comulgar en la eucaristía de los dioses, comulgan en el sacrificio, en el martirio y en la muerte.

«ALEMANIA DISPERSA»

En cambio, la *Alemania una*, aquella que al estallar la guerra vibró

al unísono en un formidable ¡hurra! se está ya descomponiendo.

Aquella Alemania modelo ensoñada por los apologistas, eje de la civilización moderna, asilo de todos los progresos y aula de todas las ciencias, ha muerto. Ha sido enterrada en Malinas, en Lovaina, en Bélgica y en Alsacia. Ha puesto su panteón bajo las ruinas de aquellos pueblos. Ha muerto fusilada en los fusilamientos ejecutados en montón. Ha muerto en manos de sus propios hijos. Ha muerto y no resucitará, porque no resucitarán las víctimas que murieron con ella.

Era una virgen que dejó de serlo. Prenda de la violación sufrida es la sangre inocente derramada.

En adelante no se podrá hablar de la Alemania al cantar los á las poblaciones del país: habrá que hablar de las Alemanias; la santa y la pecadora; la violadora y la violada. La división será su castigo. Si ella misma se pone el cilicio y se cubre de ceniza la frente, juzgándose á sí misma y anticipándose al juicio de los extraños, su penitencia será larga (¡que no se espíen en corto tiempo los pecados de los pueblos!) pero será más llevadera, y desarmará el enojo de los jueces ante el reo impenitente.

«LA ALEMANIA VIEJA»

Esta Alemania que creíamos muerta, vivía en el seno de la otra.

El órgano militarista titulado *El Diario de los oficiales alemanes*, pide que «se mate solamente á medias á los franco-tiradores, abandonándoles á su suerte», y exige la destrucción de localidades enteras por un solo granadero agredido.

Tal ha sido la teoría adoptada por el Ejército, al decir de la prensa. La «agresión del paisanaje» — así lo llaman despectivamente los de la soldadesca — ha sido la excusa que ha presentado el Kaiser y que alegan los oficiales; agresiones misteriosas, que, en los ardides del guerrero éste sabe provocar, cuando le conviene ser agredido para justificar sus proyectos devastadores; agresiones, que si se sabe de quién proceden, releva del castigo á los demás; y si no se sabe de quién, si los alemanes las imputan al «paisanaje», éste puede imputarlas con igual fundamento «á la soldadesca» ó á los «agentes del espionaje».

Que ¿caso no cuenta la prensa que algunos oficiales alemanes han recorrido pueblos de Francia, disfrazados de oficiales franceses?

Y estos ¿no habrían sabido «agredir á un granadero alemán», para cargar la agresión al «paisanaje» y hacer destruir toda una ciudad?

En Marruecos hemos visto producirse el fenómeno de las «agresio-

nes», siempre á tiempo y sazón de ser castigados por avances ó invasiones. Siempre el agresor á los franceses esperaba que el enemigo estuviera preparado para repelerla.

Al «más fuerte» nunca le falta lugar de hacerse agredir del débil cuyo exterminio intenta. Así también es el Estado siempre el agredido por el pueblo; la autoridad, la agredida por el ciudadano. Conocemos el secreto de estas agresiones: está en el «*nominor leo*.»

Esta teoría fué la que practicó en el incendio de Beziers el Legado Pontificio que asesoraba el bárbaro Simón de Montfort. ¡Ya han pasado años! ¡Siete siglos nada menos! Los alemanes conocen muy bien el hecho. No hay luterano que no haya llamado monstruo de maldad al Legado papal y sicario al jefe de aquella cruzada contra los albigenses. Esto saben los alemanes. Cuatro siglos han pasado maldiciendo el hecho de la guerra de Beziers. Cuando en el país no quede rastro de la quema pontificia, los luteranos reproducirán cinemáticamente en sus historias el caso de salvajismo católico.

Sin embargo, ahí está la teoría del *Diario militarista*, sosteniendo siete siglos más tarde la misma doctrina, y peor. ¡Siete siglos!... Está visto que existe una Alemania del siglo XIII, atascada en el siglo XIII, incapaz de salir del siglo XIII. Ni el luteranismo la ha limpiado de la roña católica, ni el progreso la ha arrancado de la barbarie. El Legado Pontificio y Simón de Montfort pueden firmar las ordenanzas del *Diario militarista*. Su lógica es la misma; su ética es igual. ¡En el siglo XX como en el siglo XIII... Raimundo de Peñafort, el reglamentarista, Loyola, el ordenancista, el frío calculador de catástrofes, tienen ahí su verdadera plaza. Si ellos hubieran de hablar en su Estado Mayor, dirían lo mismo. «Hemos sido agredidos...» ¡Siempre son los agredidos los jesuitas, aunque sean los agresores!

He aquí una Alemania que antes de la guerra no conocíamos. Sus apologistas no la vieron. Ha nacido ahora, con sorpresa del mundo admirador de Alemania.

«LA ALEMANIA NUEVA»

Pero debajo de esta Alemania hay otra que va á nacer detrás de ella: la Alemania del siglo XX, formada por los hijos del siglo y por los que han nacido prematuramente y que han de ayudar á los teleólogos de todo el mundo á preparar la mentalidad futura.

Esa Alemania del hombre futuro y del pueblo presente, siente ya vagidos. Por la parte popular, he aquí uno de sus llores. Es el *Vorwaerts*, periódico socialista alemán que replica al *Diario militarista*.

«Estos son—dice—intentos de fanáticos sanguinarios, y es vergonzoso saber que en nuestra nación existen hombres capaces de emplear semejante lenguaje.»

El 23 de Agosto publica el mismo periódico esta protesta:

«Nosotros queremos ser humanos, no solamente con nuestros prisioneros de guerra, sino también con los combatientes. «Hacer la guerra no quiere decir asesinar ni ser cruel».

Hay otros cuya voz es ahogada por el estruendo del cañón, cuya garganta está muda por el miedo al furor bélico: pero... el furor bélico enronquecerá á causa de tanto hablar. Y enmudecerá cuando al calor del verano que ahora hace hablar á fogonazos los cañones, suceda el frío del invierno: cuando á la fiebre siga la depresión. El furor callará y callará la Alemania del siglo XIII, y entonces hablará la Alemania del siglo XX, y lucharán entre ellas y se apostrofarán: y en ese pugilato llevará su purgatorio el pecado de la Alemania que entró una en la guerra y saldrá dividida y dispersa.

POR ENCIMA DE LAS FRONTERAS

Esta Alemania, penitente ya, que protesta contra la otra, he aquí como habla en el mismo artículo del *Vormwaerts*:

«Tratemos de despojar la guerra de toda crueldad de toda barbarie. Mostremos nuestro espíritu caballeroso. Procuremos que, una vez terminada la guerra, sea posible la solidaridad entre los miembros de una misma clase social.»

Esto dice esta Alemania naciente, después de un mes de guerra. Ha necesitado las duras lecciones de Lovaina y de Malinas para aprender á hablar.

Sin embargo, uno de los genios políticos franceses, al estallar la guerra dió esta alocución á las tropas que iban al encuentro de los alemanes:

«Hagamos lo posible por que el pueblo alemán comprenda nuestro propósito: que no pueda atribuirnos un odio de raza ni un patriotismo ciego. Digámosle que es su libertad, como la nuestra, lo que queremos defender: su vida y su honor lo que queremos poner para lo porvenir á salvo de las empresas diplomáticas secretas.

«Así será nuestra victoria más segura, nuestro triunfo más estimado, y la Humanidad entera, incluso la Alemania democrática, nos agradecerá el haberla librado de la más horrible pesadilla que sobre ella pesaba.»

¡Hurra, francés que así hablas de los alemanes! ¡Hurra, alemán que así hablas de los franceses!

La armonía no es absoluta: hay alguna discordancia todavía; pero la guerra va afinando las voces y moderando los acordes: cada vez se van semejando más.

«¡La Humanidad entera!...» por encima de Francia y de Alemania...

Cada día serán menos alemanes y menos franceses y más hombres.

NEUTRALIDAD Y JUSTICIA

Tal va enseñando la guerra. Ha unificado la Francia y ha dividido la Alemania.

Y pues Alemania se divide, no seamos bárbaros como sus bárbaros.

Al hablar de atrocidades alemanas, seamos justos: no seamos atroces como ellos, que castigan en el inocente la «agresión» del culpable. No fusilemos en montón y á granel á los alemanes en el juicio crítico. Así obran los bárbaros, y en esto está la barbarie crítica. Hagamos justicia. Execremos á los bárbaros y absolvamos y compadezcamos á los que padecen bajo su poder.

No levantemos obstáculos á la futura «solidaridad humana» que piden al unísono los franceses y alemanes justos. Hablan como hombres: todos los hombres deben oírles y atenderles en justicia. El que rechaza el crimen y lo detesta... ¡no es criminal!... Y en cambio es criminal el juicio que condena en montón al inocente y al culpable.

S. PEY ORDEIX

Aviso

Siguen pidiéndome ejemplares del número en que se publicó el retrato de don Nicolás Estévez, y no puedo servirlos, por haberse agotado.

Por complacer á los que desean tenerlo, voy á hacer una pequeña tirada en papel cartulina al precio de EL MOTIN: diez céntimos.

En la próxima semana se servirán los pedidos pendientes.

¡Tardará... tardará!...

Negar que acabada la guerra surgirá una Alemania diferente á la de hoy, sería absurdo. Lo que creo es que tardará algo más de lo que Pey Ordeix supone en el trabajo anterior. Los alemanes de hoy se diferencian muy poco de los germanos de veinte siglos hace en punto á ferocidad, lo que prueba la persistencia en ellos de los instintos de raza.

Si Pey lo duda, lea con atención estos párrafos que copio de *El País* del sábado:

Mala muerte de un socialista

«*Il Secolo*, de Milán, confirma y da detalles de la muerte del diputado socialista alemán Frank.

Se había alistado voluntario en las filas del ejército alemán, y fué destinado á uno de los regimientos que

formaron parte de los primeros ejércitos expedicionarios.

El día 3 entró por primera vez en fuego en un combate librado en los alrededores de Luneville, y recibió una herida mortal en la cabeza.

Tenía cuarenta años, y era uno de los jefes de tendencias revisionistas, el mejor orador y el talento más político del partido socialista, después del fallecimiento de Bebel.

Impresionaba por su parecido físico con Fernando Lassalle.

Fué uno de los más entusiastas panegiristas de la inteligencia con Francia, habiendo tomado activa parte en el Congreso de Berna, donde por vez primera se pusieron en contacto diputados franceses y alemanes.

Su cadáver fué sepultado cerca de Baccarat.

¡Pobre Frank! Su muerte, como soldado voluntario del kaiser, es afrentosa. Ha sido carne de cañón el que pudo ser mártir de su causa. No sentimos su muerte sino como la de los millares de soldados que sucumben en la lucha.

Un mal morir desdora toda una vida, por ilustre que ésta haya sido.»

Y leído eso, hay que preguntarse:

Si un hombre de la altura intelectual de Frank y que ocupaba uno de los primeros puestos en la vanguardia del partido más avanzado de Alemania, se prestó voluntariamente á ayudar al representante genuino del militarismo en una guerra de agresión injustificada, hay motivos racionales para sospechar que los alemanes (salvo contadísimas excepciones) sienten, piensan y obran como aquellos de sus antepasados que se batían con los romanos y los galos.

Y eso después de haber admirado al mundo por sus filósofos y sus literatos, y de haberlo maravillado con sus indiscutibles aptitudes para las ciencias y las artes en sus diversas manifestaciones, y de haberse emancipado hace cuatro siglos de esa pesadumbre del espíritu llamada catolicismo.

Por esto opino que, de ser vencidos ahora los cullos alemanes, deben quedar en condiciones de que no vuelvan á hacernos recordar que descienden de los bárbaros germanos.

J. N.

Libros á mitad de precio hasta fin de Septiembre

ALMANAQUE
cómico DEL CARLISMO
para 1914

con sesenta caricaturas
Precio: 1 peseta.

EL MOTIN



Gran orquesta macabra á cuyo son bailan hasta ahora la raza de la Muerte ocho naciones europeas y una asiática.

Posiciones de "El-Motin" que cree necesarias para el republicanismo español

Ante el conflicto europeo

1.^a En orden á la moral social, no es lícito á ningún Estado ni á ningún partido renunciar al deber de emitir su juicio leal y honrado acerca de aquellos actos que afectan al derecho vital de los pueblos. En cada caso de estos existe un delito por necesidad, más ó menos visible y demostrable. Y ante el delito, la conciencia social no puede cruzarse de brazos. La neutralidad equivaldría á un desinterés con respecto al delito, nocivo siempre al inocente, y en favor del criminal.

2.^a Esta teoría general, aplicada al caso de la actual guerra europea, exige que se emita juicio sobre la justicia de su origen, sobre la honestidad de su fin y sobre la decencia de los procedimientos.

El origen, fijado por el Kaiser (según los documentos oficiales publicados) en el misterioso asesinato de Sarajevo, ha sido juzgado por EL MOTIN con la dureza que permiten las circunstancias legales de España y la de no disponer nosotros de la inviolabilidad judicial de ningún diputado. El fin cesarista perseguido por Alemania desde el comienzo de la guerra ha sido reprobado por todos los escritos del semanario. Los procedimientos de barbarie contra Estados constituidos, contra ciudades pacíficas y contra individuos inocentes, ahí están en nuestras columnas puestos en la picota de la execración.

En este sentido EL MOTIN ha cumplido su deber de juzgar los hechos según su juicio y de orientar el juicio de sus lectores, haciendo execrable la provocación germano-austriaca, en general, y cada uno de sus actos ilegítimos en particular.

Con esto queda dicho que desde el primer momento EL MOTIN se ha aliado moralmente con Servia, la agredida; con Bélgica, la atropellada; con Francia, la avasallada, y con Inglaterra, vengadora de los agravios inferidos al Derecho de los Estados y al Derecho de gentes.

3.^a Cumplido con toda amplitud este deber personal del periódico, prodújose la cuestión Nacional acerca de la cual en nuestros escritos constan los siguientes extremos:

a) España está de momento materialmente incapacitada para intervenir con las armas (que no tiene) en la guerra; y pues no puede intervenir (confesión de *El Radical*), no debe intervenir y sí proclamarse neutral.

b) La neutralidad de España, tal

cual está planteada la guerra, favorece á los aliados (así opinan los políticos ingleses); y los que traten de romperla, sea con bravatas germanófilas como los clericales, sea con pretextos francófilos, realmente atentan contra el auxilio que á los aliados presta la neutralidad, con agravio de la causa de Europa y de aquella justicia moral. Y además empujan á España al abismo de su inmediata ruina.

Por esto EL MOTIN ha combatido los intentos de violación de neutralidad, como locuras de empeños imposibles; como impertinentes para la causa europea, y como empresas antipatrióticas.

c) En esta actitud, EL MOTIN ha juzgado el acto de Lerroux particularmente, por deber elemental de republicanismo, ya que la significación de Lerroux en el partido republicano ante el extranjero, podría engendrar el equívoco de que en su actitud lleva el acuerdo y beneplácito de todo el partido republicano, lo cual no es exacto, pues ni ha contado con las personalidades importantes del republicanismo, ni siquiera consultó á su partido. No ha sido, pues, un ataque á Lerroux lo hecho por EL MOTIN, sino un acto de defensa de la personalidad republicana, que con el silencio de su prensa habríase hecho cómplice del acto personalísimo de Lerroux, cuya finalidad, explicada por sus propias declaraciones, no es lógica ante la razón republicana, ni discreta ante la situación política nacional.

4.^a conclusión. Del resumen de estas actitudes, resulta que EL MOTIN practica desde el primer momento la *alianza espiritual*, absoluta y sincera con los aliados, hasta el quijotismo europeo, y pide el sostenimiento de la *neutralidad oficial* del Estado, por dos razones óptimas: por ser lo *único que puede hacerse* cuerdamente, y por ser ventajosa para los aliados. Individualmente, aliados; nacionalmente, neutrales.

En otros escritos del querido colega, se calificó de estéril y de platónicas la actitud de los francófilos que cantan amores á Francia y piden neutralidad á la nación.

EL MOTIN entiende que lo que hoy resulta estéril y sin fruto inmediato, puede ser el engendro de algo que nazca á la vida en sazón oportuna. El amor espiritual de ahora, es por lo pronto una *orientación* para la actitud de mañana.

S. P. O.

La guerra en el cristal jesuita

El imperialismo alemán hace bastante tiempo que se hizo jesuita. En

recompensa el jesuitismo se ha hecho germanófilo, sin que por esto renuncie á su habilidad de traicionar al Kaiser si la ocasión lo aconsejase.

La pasión por Alemania en el jesuitismo español, rebasa todos los límites de la prudencia. La prensa clerical está hecha un verdadero hato de pollinos sueltos que trotan sin ton ni son, cabrioleando las noticias de la guerra y faltando á todo respeto, incluso al de sí mismos.

Los alemanes son los ejércitos de Dios: á ellos todo honor y gloria. Los aliados son las huestes de Satán. ¡Leña á los aliados!

Y ahí sale el Loyola, con el espíritu bandolero de su tierra, merodeando en las fronteras de la guerra para coger el botín, venga de donde venga.

De Bélgica se dijo que un rector de los jesuitas había debutado en el Oficio del contraespionaje, descubriendo un espía alemán disfrazado de cura, al cual fusilaron sobre la marcha. Los alemanes al llegar á Lovaina, fusilaron en cambio á dos jesuitas. La jesuita, superiora de las Damas del Sagrado Corazón, de Lieja, murió también de una granada alemana.

Esto no significa que los jesuitas sean del bando de los aliados. Tienen gente para todo, y les sobran *coadyutores* para hacer fusilar unas docenas de ellos á cambio de disimular otro plan mayor del resto de la familia. Es voto jesuita dejarse fusilar ciegamente, para salvar al Instituto.

En España son germanófilos rabiosos. Están cobrándole á Francia el puntapié que les dió y la expulsión en que les tiene.

Por ahora la guerra se la hacen con gacetillas de periódicos. Según los periódicos jesuitas, va no queda un gabacho para un remedio. ¡El destrozo que han hecho ellos con su agencia Woolf...

En menos de un mes habían cogido los alemanes á los franceses:

«880.000 prisioneros, 177 generales, 1.213 banderas y 11.982 cañones. Respecto á Inglaterra, la agencia Woolf ha dicho ya dos veces que su ejército en el continente ha sido aniquilado totalmente.»

Estas cifras tienen sólo el inconveniente de ser mayores que las que alcanza el ejército francés en la realidad.

Los alemanes, en cambio, no es posible tengan revés ninguno.

—¿Que un ejército entero se rinde á los aliados?—No es que haya sido derrotado. Es lo contrario. Es que los alemanes son muy listos, y se dicen: nos conviene tener un ejército de reserva en las fortalezas de Francia. No podemos entrar como vencedores, entraremos como ven-

cidos. La cuestión es entrar y llenarlas de alemanes. Cuando sean más los presos que los alcaldes, se sublevarán... y he aquí la astucia...

Entre tanto, el Imperio no ha de mantenerlos. Los prisioneros come a costa del enemigo, y ¡qué diablo!, el pan que comen ellos no lo comerán los franceses. He aquí, pues, la estrategia alemana.

Por esto un soldado germano ha podido escribir a su novia:

15 Septiembre. — Salimos de Bélgica camino de París. Los franceses, aturdidos.

17. — Estamos en París: a nuestro paso el pueblo vitoreando.

18. — Salimos de París camino de Burdeos, donde se ha refugiado el gobierno.

19. — Acabamos de entrar en Burdeos, sin disparar un tiro, 500 alemanes contra 50.000 franceses.

20. — Conseguí mi objeto, doy por terminada la campaña. Regalé el fusil a un sargento francés.

21. — Se me había olvidado decirte que el día 15 caí prisionero y como tal he hecho el viaje. Este detalle carece de importancia y no influye en mi campaña.

Otro escribía:

«Querida: Hemos llegado a las puertas de París. ¡Qué susto han llevado los franceses! Una vez asustados, vamos a simular una retirada hasta Berlín, haciendo creer a los ingleses que huímos, para que nos persigan y cogerles luego sin esfuerzo de ninguna clase. Esto obedece a la necesidad de abreviar la campaña. Para traerlos prisioneros a Berlín, andarían de mala gana y habríamos de vigilarlos día y noche. De este otro modo andarán de prisa, se pagarán el viaje por su cuenta, nos harán salvos en el camino y ahí nos los merendaremos.»

Un jaimista, escribe ya:

«Quizás, Alemania salga derrotada, pero todo será una ilusión de los aliados y caso de estrategia. Esta consiste en que en el cielo hay justicia. Dejándose vencer en la tierra, los aliados caerán de bruces en manos de la ira de Dios, que hará de todos ellos una tortilla.

Vázquez Mella, que ahora se mete a sociólogo, prepara un libro *Los beneficios de la guerra en Bélgica y Francia*, con estos argumentos, para replicar a los plañideros que se quejan de los desastres.

1.º Es cosa sabida que los cadáveres son excelente abono de la tierra, que dejan saturada de elementos biógenos para seis o siete años. Los alemanes han prestado a las tierras de Francia y de Bélgica, un abono de... muertos (deja en blanco la cifra, hasta que termine la campaña)... equivalentes a... quintales de abonos químicos, que producirán... (la cifra

que resulte) toneladas de patatas, coliflores, zanahorias y vainillas.

2.º argumento. En Francia se padece la crisis de la natalidad, a causa de los matrimonios que se niegan a tener hijos. La invasión alemana, unas veces de grado y otras por fuerza, pondrá en actividad muchos senos paralizados. El año próximo la natalidad en Francia será exhuberante. Cada francés que nazca valdrá por 20 de los degenerados que en la guerra encumban, con lo cual está visto que Francia resulta beneficiada. Este será un caso de penetración amorosa.

3.º Como quiera que los muertos en la guerra llevan la bendición papal, cada muerto que haya en la guerra será un bienaventurado en el cielo. Con lo cual las ganancias son infinitas.

Con tal sistema reporteril, está visto que el jesuitismo se hace imposible de discutir.

Sus potros indómitos saltan toda valla crítica y no hay Dios que les dé alcance.

Cuando se vea perdidos en la tierra, de un brinco se cuelan en el cielo, produciendo allí el mismo efecto.

¿Que pierden en la tierra? ¡Bah! Esto lo hacen estratégicamente, para ganar en la eternidad.

R. MAYOL

Las depredaciones alemanas en Bélgica

El informe elevado al ministro de Justicia belga por la Comisión investigadora.—Fusilamientos e incendios en Aerschot.—Otras violaciones del derecho de gentes en Diest y Tirlemont.—Las víctimas de Schaenfels.

Copiamos de *La Epoca* el siguiente documento oficial:

«Se ha venido afirmando por el Gobierno belga, y negándose por el alemán, que las fuerzas germanas hubiesen cometido, al invadir el territorio de Bélgica, las violaciones del derecho de gentes y las depredaciones de que en los primeros días de la guerra se ocupó la Prensa.

«Sabido es que una Comisión belga, formada por personas respetables, y presidida por el ministro de Negocios extranjeros, M. Vanderveide, ha ido a los Estados Unidos para aportar los datos que posee y que, a su juicio, demuestran esas depredaciones.

«Uno de los documentos que, sin duda, habrá presentado es el informe que la Comisión de personalidades belgas, nombrada para levantar el acta de las violaciones cometidas, elevó a su debido tiempo al ministro de Justicia.

«He aquí el interesante documento, que nos envía una persona perfectamente autorizada para ello:

«Amberes, 28 de Agosto de 1914

«Señor ministro de Justicia:

«Señor ministro: La Comisión investigadora de las violaciones del derecho de gentes y de las leyes y usos de la guerra, des-

pues de una instrucción imparcial y cuidadosa, cree pueden considerarse probados los hechos siguientes:

«Resulta, de testimonios precisos y concordantes, que en toda la región de Aerschot los alemanes han cometido verdaderas atrocidades.

«Una gran parte de la población huyó, espantada. A su paso, las tropas alemanas incendiaron las haciendas, casas y muebles disparando sobre los ciudadanos inofensivos que encontraban en los caminos o que trabajaban en los campos.

«En Hersselt, al norte de Aerschot, 32 casas de gentes modestas fueron incendiadas. Un molinero y su hijo, que huían, y unas 21 personas, fueron muertos, siendo así que no había tropas belgas a la vista.

«Las tropas alemanas penetraron en Aerschot, ciudad de 6.000 habitantes, el miércoles, 19 de Agosto, por la mañana. Ninguna fuerza belga se encontraba ya allí. Los alemanes, a su entrada, incendiaron muchas casas, y en la calle del Martillo fusilaron a cinco o seis habitantes, a los cuales habían hecho abandonar sus casas. Por la tarde, pretextando que un oficial superior alemán había sido muerto en la Plaza Mayor por el hijo del burgomaestre, o, según otra versión, que se había tramado un complot por el burgomaestre y su familia contra el comandante superior, los alemanes se apoderaron de todos los hombres que se encontraban en Aerschot, conduciendo en seguida a unos 50 de ellos a alguna distancia de la ciudad. Los agruparon en series de a cuatro y los hicieron sucesivamente correr, derribándolos a tiros y rematándolos luego a bayonetas. Más de 40 fueron así asesinados.

«Entregaron luego la ciudad al pillaje, robando en las casas cuanto pudieron encontrar, fracturando muebles y cajas de caudales.

«Al día siguiente formaron en filas de a tres a todos los ciudadanos que habían detenido la víspera. De cada tres hombres cogieron uno, y con el burgomaestre de Aerschot, monsieur Tielemans, su hijo, un niño de quince años y medio, y su hermano, los condujeron a cien metros de la ciudad y los fusilaron.

«En seguida obligaron a otros habitantes de Aerschot a cavar fosas, donde fueron enterradas las víctimas.

«Durante tres días continuó el saqueo y el incendio. Unos 150 habitantes de Aerschot deben haber sido así asesinados.

«La mayor parte de la ciudad ha quedado destruida. Los alemanes intentaron cinco veces prender fuego a la iglesia mayor, cuyo interior saquearon, llevándose los archivos comunales.

«Los ambulantes de la Cruz Roja, revestidos del brazal de la misma, no fueron respetados. Uno de ellos refiere que las tropas alemanas dispararon sobre él cuando se dedicaba a recoger heridos, y que los disparos continuaron, a pesar de mostrarles el su brazal. Además: durante toda la jornada del 19, y mientras practicaba su servicio en el hospital, fué amenazado y golpeado, especialmente por un oficial alemán, que le puso el cañón del revólver en la frente. Un camillero, hijo del recaudador comunal, que llevaba las insignias de la Cruz Roja, fué muerto en la calle del Hospital, en la tarde del 19 por los alemanes.

«Resulta de todos los testimonios que la población civil de Aerschot no tuvo participación ninguna en las hostilidades contra los invasores, que no hizo ningún disparo. Todos los testigos están de acuerdo

en reconocer la inverosimilitud de la versión alemana, según la cual el hijo del burgomaestre, muchacho de quince años y medio y de un carácter en extremo pacífico, había disparado sobre un oficial superior alemán en la tarde del 19 de Agosto.

»Más inverosímil aún es la versión del complot organizado por el burgomaestre. Conviene observar que si resultara cierto el atentado contra un oficial alemán en la Plaza Mayor—cosa que se ignora,—pudo suceder que fuera alcanzado por alguna bala perdida, de las disparadas por los soldados alemanes que tiroteaban en aquellos momentos en las calles vecinas para amedrentar á la población.

»El burgomaestre, hombre muy reposado, había, por otra parte, prevenido diferentes veces á sus convecinos, por medio de carteles y de circulares dirigidas á todos los habitantes que, en caso de invasión, se abstuvieran de todo acto hostil. Los edictos se encontraban todavía fijados cuando entraron los alemanes, y les fueron mostrados.

»Las tropas alemanas que atravesaron las localidades situadas cerca de Aerschot, se entregaron á los mismos desmanes. Dispararon contra los vecinos que huían, é incendiaron y saquearon las viviendas, todo ello sin mediar provocación.

»En Rotselser quemaron unas 15 casas. Un oficial alemán se dirigió á un vecino, cuya casa había sido ya quemada, y amenazándole con su revólver, quiso hacerle declarar que el incendio había sido realizado por los belgas; y como el individuo en cuestión protestase, haciendo notar que los belgas habían abandonado la población la víspera, el oficial declaró que si los alemanes habían prendido fuego á la población, había sido porque los habitantes dispararon contra ellos, hecho que una vez más resulta contradicho por todos los testigos. Aquí también las tropas alemanas robaron cuanto encontraron á su paso.

»La Comisión no ha podido reunir hasta ahora los testimonios de los habitantes de Diest y de Tirlemont, ciudades que fueron ocupadas el 18 y 19 de Agosto y con las cuales continúan cortadas las comunicaciones. Pero un habitante de Schaefeen, pueblo vecino de Diest, ha declarado que las mismas abominaciones se cometieron en aquella localidad y en las limitrofes de Lonnon y Molenstede. La región fué completamente saqueada.

»Las tropas alemanas comenzaron su obra de destrucción á una hora de distancia de Diest, á lo largo del camino que va desde este punto á Beeringen. Dirigiéndose hacia Diest, incendiaron cuanto encontraron á su paso: haciendas, casas, muebles, etc. Llegados al pueblo de Schaefeen, continuaron el incendio, asesinando á los pocos habitantes que encontraban en las calles y en las casas.

»El testigo cita los nombres y señas de 18 personas que el sabe fueron asesinadas. Entre ellas figuran:

»Francisco Luyex, de edad de cuarenta y cinco años, con su hijo, de doce, que fueron encontrados, después de fusilados, en una cloaca.

»El nombrado Andrés Vilem, de edad de veintitrés años, sacristán, que fué amarrado á un árbol y quemado vivo.

»La hija del nombrado Juan Oeyen, de edad de nueve años, fusilada.

»El llamado José Reyders, de cuarenta años, muerto, con su sobrino, de diez años.

»Los llamados Gustavo Sdts, de cuarenta años y Juan Ma'ken, de cuarenta años, probablemente enterrados vivos.

»El testigo declara que él mismo procedió á examinar los cuerpos de los dos últimos y que los enterró en seguida en el cementerio comunal.

»En el pueblo de Rethy, cerca de Tour-nemosit, hubo asimismo devastaciones y fusilamientos en la jornada del 22 de Agosto por 17 soldados alemanes de caballería, que penetraron en el pueblo. Una muchacha de quince años resultó muerta de un tiro.

»Hechos más espantosos todavía, si cabe en lo posible, han realizado las tropas alemanas después de la derrota que les hizo sufrir el Ejército belga ante Malinas. La ciudad de Lovaina, con sus riquezas artísticas y científicas, ha sido también destruida. Nuevas relaciones os serán enviadas en breve.

»Firmado: El presidente. Cooreman ex ministro de Justicia y ex presidente de la Cámara de diputados.—Los secretarios, A. Ernos de Brunswyck y Orts.»

Guerra á lo cabecilla

Al leer ese documento, los carlistas se sentirán orgullosos. Después de tantos elogios á la táctica alemana, resulta que, en la parte que no se roza con la ciencia, no es más que una servil imitación de la que emplearon ellos en las dos guerras civiles.

¿Caer sobre pueblos sin guarnición y saquearlos?

¿Fusilar hombres, mujeres y niños indefensos?

¿Incendiar edificios?

¿Destruir archivos y obras de arte?

¿Entretenerse en asesinar á los campesinos?

¿Imponer crecidas contribuciones en todos los pueblos donde entran?

¿No respetar los templos?

¿Y negar después que tales crímenes se hayan cometido, ó disculparlos diciendo que las víctimas los habían agredido?

Todo esto lo han copiado los alemanes de los carlistas españoles. Que no se den importancia, pues.

Y aun todavía, con ser tan horrible lo que han hecho, no han llegado á la altura que los carlistas, pues no se dice en el documento que hayan cometido violaciones sexuales...

¿Ni siquiera que hayan emplumado mujer alguna!.....

A cada uno lo suyo, y la gloria para quien la merezca.

Por imparcialidad

Por la prensa nea rueda este suelto, en el cual se toma el rábano por las hojas:

«The Times del 1.º de Agosto publica la siguiente protesta de sabios ingleses contra una guerra anglo-germana:

«Consideramos á Alemania como un pueblo que va á la cabeza en artes y ciencias, y todos nosotros hemos aprendido de los investigadores alemanes y seguimos aprendiendo. Guerra contra Alemania en interés de Servia y Rusia ha de ser una iniquidad contra la civilización. De enzarzarnos infortunadamente en la guerra, fundados en nuestras obligaciones, podría el patriotismo sellar nuestros labios; pero en la actual situación creemos tener derecho á protestar de que vayamos á una guerra contra un pueblo tan pariente cercano y con el cual tenemos tanto interés común.»

C. G. Boune, catedrático de Arabe de la Universidad de Cambridge; F. C. Burkitt, catedrático de Teología en la Universidad de Cambridge; J. Estlin Carpenter, del Colegio de Manchester, Oxford; F. J. Forster Jackson, del Colegio de Jesús... etcétera.»

Sabiazos estupendos y maravillosos: permitidme deciros, con todos los debidos respetos, que sois unos imbéciles.

¿Quién se queja de Alemania «por sus progresos en las artes y en las ciencias»? De lo que todos nos quejamos, es de su indiscutible retroceso á los tiempos bárbaros...

Mas no me extraña vuestra salida. No hay tontería que no haya sido dicha por un sabio.

¡OH ESTRELLA DE FRANCIA!

(1870-71)

¡Oh estrella de Francia,
Que en la plenitud de tu esperanza, de tu fuerza y de tu gloria,

Fueras, durante tanto tiempo, como la nave capitana de una flota;

El resto de un naufragio azotado por las olas, se ha trocado ahora,

En huracanes, en un pontón sin más tiles.

Desbordante de muchedumbres locas, furiosas, semisumergidas,
Sin timón ni timonel!

¡Estrella obscurecida;

Orbe, no sólo de Francia, simbolo también de mi alma y de sus más caras esperanzas;

Simbolo de la lucha, de la audacia, del divino y furioso amor por la libertad;

Simbolo de las aspiraciones ideales, de los sueños de Fraternidad vivificados por los entusiastas;

Terror de los clérigos y los tiranos!

¡Estrella crucificada—vendida por traidores;

Estrella agonizante sobre una región de muerte, sobre una región heroica;

Extraña región, apasionada, frívola y burlona!

¡Desventurada! A pesar de tus errores, de tus vanidades, de tus crímenes, no quiero aumentar ahora.

Tus dolores, tus angustias actuales han borrado todas tus manchas.

¡Te han sacramentado!

Es por haber mirado siempre alto y lejos—por encima de tus errores;

Por no haber querido venderte, fuere cual fuere la su na ofrecida,

Por haber despertado arrasada en lágrimas, en mitad del sueño en que te sumergiera el narcótico imperial;

Por haber sido la finca, entre tus hermanas, que laceraras titánica á los mis-
mos que te avergonzaban;

Por no haber podido, por no haber que-
rido sobrellevar las habituales cadenas.

¡Es por todo ello que ahora te vemos
lívida, crucificada,

Y con la lanza hundida en el costado!

¡Oh estrella! ¡Oh nave de Francia tanto
tiempo desorientada y zozobrantel

¡Valor, orbe en desgracia! ¡Oh nave,
prosigue tu crucero!

Tan firme como la nave que nos lleva
á todos, como la misma Tierra;

Hija del Caos y del Fuego mortales de
cuyos vastos y furiosos espasmos emer-
gian al fin en su absoluta potencia y her-
mosura,

Para proseguir su curso bajo el sol.

¡Oh nave de Francia! ¡También tú así
continuarás el tuyo!

El tiempo barrerá las nubes de tu cielo,
Un día alumbrará el fruto de tus largas
preñeces;

¡Entonces!, renacida, gigante, durmien-
do la vejez de Europa,

¡Emularás gozosa á nuestra América,
la reflejarás en un como remoto dú!

Y de nuevo tu estrella, ¡oh Francia!, tu
bella luminosa estrella, más pura, más
deslumbrante que nunca en la paz del fir-
mamento,

¡Esplenderá inmortal!

VALT WHITMAN

Del libro *Poemas*

ALERTA, CIUDADANOS

La Cierva, en activo

Ya tenemos á La Cierva en activo. Des-
pués de un forzado y forzoso alejamiento
de la vida pública, el ex ministro de Ma-
ra ha logrado «colarse por el portillo». El
Gobierno le acaba de nombrar presidente
de la Junta de iniciativas. Ha sido una en-
trada subrepticia, vergonzante, llena de
inquietud, como se entra en el cercado
ajeno. Tenía que ser así, calladamente, pa-
ra no despertar demasiado ruidosamente
la suspicacia nacional. La Cierva estaba
alejado de los negocios públicos por la vo-
luntad del pueblo; al verle aparecer de
nuevo en el escenario político, la gente
un poco estupefacta, se pregunta: ¿Dónde
va este hombre?

¡La Junta de iniciativas! No es descabe-
llado el nombramiento. Peor lo hubiera
desempeñado el marqués de Lema. La
Cierva ha sido siempre hombre de inicia-
tivas, y si bien estamos seguros que no ha
de fracasar en cuanto á la cantidad, la ca-
lidad, en cambio, nos preocupa. ¿Veremos
algún día extinguirse la crisis de la mise-
ria que amenaza á las comarcas españolas
por el aniquilamiento de los hambrientos?
A mayores y más sorprendentes iniciati-
vas nos tiene acostumbrados el flamante
presidente.

Sin embargo, no se trata de eso, ni la
Junta de iniciativas deja de ser un simple
pretexto. Lo que se pretende es que La
Cierva colabore activamente á la obra del
Gobierno actual. Ahora se le saca á la vis-

ta del público con un papel insignificante,
completamente secundario. Si á los espec-
tadores les pasa inadvertida la entrada en
escena de este trágicamente fracasado, ya
se le irán dando papeles de más relieve,
hasta ver si puede ocupar el puesto vacan-
te que hay en la compañía. ¿No es eso, Sr.
D. to?

La guerra europea va á abrir nuestras
fronteras políticas al contrabando. El mur-
ciano sabe de estas tretas y aprovechará
la primera ocasión para darnos una sor-
presa.

¡Alerta, amigos! Hay que dormir con los
ojos abiertos, como las liebres. De lo con-
trario, una mañana leeremos asombrados
la siguiente noticia:

«Ayer juró el cargo de ministro de Gra-
cia y Justicia el Sr. La Cierva.»

Que es lo mismo que si nos dicen que
los alemanes han entrado en París.

El Radical

Una denuncia

La ha sufrido EL MOTIN del núme-
ro anterior, por el artículo titulado
El monopolio de Dios.

Bien por Méjico

Antonio Villareal, gobernador y
comandante militar del Estado de
Nuevo León, ha dirigido á aquellos
habitantes el siguiente manifiesto:

«Por motivos de salud pública y
atendiendo al dictado de ineludibles
deberes de moralidad y de justicia,
este Gobierno se ha propuesto so-
meter y castigar dentro de los lími-
tes del Estado de Nuevo León, al
Clero Católico Romano, teniendo en
cuenta las siguientes declaraciones:

1.º Durante toda nuestra vida na-
cional, el Clero de Méjico ha sido un
pernicioso factor de desorganización
y de discordia, pues olvidando como
secundaria su misión espiritual, úni-
ca por la que tiene razón de ser an-
te el espíritu tolerante de las socie-
dades modernas, se ha consagrado,
principalmente, á conquistar la di-
rección de los asuntos públicos y el
dominio completo de la política del
país.

Para conseguir tal objeto ha pro-
curado siempre la alianza con los go-
biernos reaccionarios y despóticos y
hasta con invasores extranjeros, y
cuando no ha tenido para ayudar á
un Bustamante ó á un Santa Ana, ha
llamado de Europa á un Maximilia-
no.

Por el contrario, se ha mostrado
enemigo de todo movimiento liberal
y progresista desde la Independen-
cia y la revolución de Ayutla hasta
la actual, y ha fulminado sus ridícu-
las excomuniones sobre los más
grandes y gloriosos benefactores de
la patria: Hidalgo, Juárez y Lerdo de
Tejada.

2.º Las dictaduras pretorianas y

clericales de Porfirio Díaz y Victoria-
no Huerta, contra los que ha venido
luchando heroicamente el pueblo en
estos últimos años, han tenido toda
la simpatía y todo el apoyo de la
Iglesia Católica Mejicana, que siem-
pre ha procurado evitar que se haga
luz en los cerebros de los oprimidos
y ha querido remachar las cadenas
de los que sufren.

El Clero ha tenido bendiciones pa-
ra los crímenes y corrupciones re-
pugnantes de Huerta, y ha trabajado.
afortunadamente sin fruto, para que
la masa popular creyente se le-
vantara contra el movimiento cons-
titucionalista que viene á redimirla.

3.º El Clero, por su propio carác-
ter y peculiar modo de ser en abier-
ta contradicción con la naturaleza,
cuyas leyes no se violan impune-
mente, tiende á la corrupción que
alcanza el exceso cuando, como ha
sucedido entre nosotros, son excesi-
vos su privilegio y su poder.

La corrupción clerical ha llegado
á ser una amenaza para la moralidad
de Méjico.

El confesonario y la sacristía son
temibles como un antro de prostitu-
ción.

Suprimirlos es obra sana y rege-
neradora, como lo es también la
clausura de las escuelas católicas y
la expulsión de los Jesuitas y Frai-
les extranjeros y mejicanos que hi-
zo este gobierno, exceptuando sola-
mente cinco de ellos, previa com-
probación de que no estaban liga-
dos con los hombres del cuartelazo.

En los colegios católicos se defor-
ma la verdad; se deforma el alma
cándida y pura de la niñez, y el al-
ma lista y ardiente de la juventud
se alecciona para instrumentos de
las ambiciones clericales á espíritus
que en un ambiente más libre serán
apóstoles de libertades y progresos;
por eso es preciso someter las es-
cuelas clericales, más que en nom-
bre del presente, en nombre del
porvenir.

4.º Es una suprema necesidad
nacional y una obligación ineludi-
ble de la revolución constituciona-
lista, cortar de raíz, una vez para
siempre, los arraigados abusos del
Clero católico y acabar con el gra-
ve peligro que representa esta insti-
tución, más política que religiosa,
para la tranquilidad y el progreso
futuro de la patria.

No es la intención de este gobier-
no desconocer la libertad de con-
ciencia y perseguir determinado
punto, mientras otros gocen de ga-
rantías, y por eso se ha acordado
que cinco de las iglesias de Monte-
rrey se abran de nuevo al culto pú-
blico; pero siendo preciso y tenien-
do este gobierno la firme resolución
de mantener al Clero y al culto ca-
tólico dentro de los límites de su
misión espiritual, sin influencia po-

lítica ó educativa, ha tenido á bien expedir el siguiente r glamento de escuelas y cultos católicos:

I. Se expulse del Estado de Nuevo León á todos los sacerdotes católicos y á todos los jesuitas de cualquier nacionalidad que sean.

II. De los restantes sacerdotes católicos, se expulsa á todos los que no comprueben debidamente su abstención en asuntos políticos.

III. Las iglesias estarán abiertas desde las seis a. m. hasta la una p. m.; en ellas sólo podrán officiar los sacerdotes que tengan permiso, por haber hecho la comprobación á que se refiere el artículo anterior.

IV. Se prohíben solemnemente los confesionarios y las confesiones.

V. Se prohíbe la entrada del público en la sacristía.

VI. Las campanas de los templos se usarán solamente para celebrar las fiestas patrias y los triunfos de las armas constitucionalistas.

VII. Se clausurarán todos los colegios católicos que no se sometan estrictamente á los programas y textos oficiales y no tengan como director un profesor de alma de las escuelas normales del país, que sea responsable ante el gobierno de las infracciones que se cometan.

VIII. La infracción de cualquiera de estas disposiciones se castigará con multa de 100 á 500 pesos, ó arresto de dos á cuatro meses ó ambos.

En caso de reincidencia, se clausurará el establecimiento donde se haya cometido la infracción y se expulsará al responsable.

Dado en el Palacio de Gobierno en Monterrey, á los catorce días del mes de Julio de 1914.

El gobernador y comandante militar de Estado, *Antonio Villarreal*.— El secretario general del Gobierno, *A. de la Paz Guerra*.

Todo lo que á los ojos de la civilización ha perdido Alemania de dos me es á esta parte, lo ha ganado México con ese valiente y justo decreto,

¡Cuándo podremos dar en España uno parecido! Lo firmaría yo de buena gana, perfeccionándolo un poquito.

PARA VEEGUENZA DE OBISPOS

El Gran Rabino de Francia, Abraham Bloch, se había incorporado á la Cruz Roja francesa para curar heridos en el campo de batalla.

El día 8 de Septiembre se ha recibió la noticia de que había sido muerto por los alemanes.

Estaba curando heridos en una ambulancia, cuando cayó sobre ésta una granada germánica, y uno de sus cascotes causó á Bloch tan grave herida, que el infeliz falleció al poco rato.

Si en vez del Gran Rabino hubiera sido el Papa ó el arzobispo de París, durante cien años la prensa católica cantaríala santidad y gloria del muerto.

Mas ¡ay! no fué el Papa, ni el Arzobispo: fué el Gran Rabino.

¡Cómo cambian las cosas de los hombres! En tiempo de los apóstoles, los rabinos judíos morían como los obispos católicos. En nuestros tiempos los Caifases mueren como moriría Cristo.

¡Beneficiendo!

ESPARTACO

En la prisión celular de Barcelona hay un muchacho á quien llaman Espartaco.

Es él delgadito, alfeñicado. Sus ojos miran siempre dulcemente, como los de una doncella. Tiene apenas un metro treinta de estatura.

Y, sin embargo, ved qué nombre rudo, qué nombre de fiera tracia, qué nombre inquietador de Romas consulares le han puesto,

A cualquiera le bailaría el alma dentro de ese pseudónimo como las piernas dentro unos pantalones anchos. Y él, no obstante, se siente tan engrandecido por sus pensamientos, que no hay palabra que pueda ponerlo en ridículo.

Este chico conoció al Lerrroux de los grandes días. En aquel tiempo, cuando el caudillo radical extendía desde una tribuna su brazo sobre las mil cabezas de la multitud, parecía que sembraba delirios. En aquel tiempo, los cañones de los mausers de la guardia civil oían siempre á pólvora, y á la burguesía se le estropeaba el estómago de tanto tomar bicarbonato.

Entonces oyó Espartaco en su alma una extraña música que le empujaba hacia arriba, hacia el amor del cielo y de las estrellas, que lo echaba en brazos de la quimera, que lo hacía vivir y agitarse en medio de una población de sueños, que le dictaba retos á los hombres, y que le llenaba la boca de saliva hirvientes.

Entonces, como en un vaso los vinos, se mezclaron en su corazón con sus propios dolores todos los dolores humanos.

Y el pequeño comisionista, el pequeño corredor de comercio, se convirtió en el peregrino que marcha hacia la ciudad ideal, en el viajante que lleva un rico muestrario de cosas preciosas, que pasea el mundo con la maleta llena de artículos y de novedades del espíritu, en el «bairagi» que sigue el camino de Kabir, en el «sunnyasi» que despliega bajo los cactus su piel de antílope y reza antes de yantar su oración.

Un día, su viaje hacia la perfec-

ción, en su marcha hacia las Moradas, tropezó con una muchedumbre irredenta. El se sintió arrebatado por la ternura de su corazón, y levantado en un montón de piedras abrió el diccionario de las palabras terribles, y azotó á aquella multitud cobarde con los vergajazos de sus frases iracundas. El peroraba con una elocuencia furiosa, hablaba como un poseso. Si entonces le hubieran «xorcizado» le hubieran sacado del cuerpo como á Francisco Guillén del Aguila 990 mil 850 legiones de demonios. Envuelto en la llama lírica de su sermón, les señalaba con el dedo fulgurante á los tristes el camino recto y seguro de su ventura. Entre tanto, á su lado, un policía de ojos foscos tomaba notas.

Esas notas fueron á parar á manos de un juez, y éste condenó á Espartaco á dos meses de encierro.

ANGEL SAMBLANCAT

Cárcel Modelo, departamento de políticos.

Noticias culminantes de la guerra

FRANCIA.—Se está librando la segunda batalla colosal, llamada de Laon, después de la derrota alemana de la otra llamada del Marne.

Según las noticias del día 21, la lucha es formidable: la suerte anda en vaiven entre alemanes y aliados, con ligeras ventajas para éstos. Espérase que de salir nuevamente derrotados los alemanes, sea esta la penúltima batalla que se libere en territorio francés, después de la cual vendrá la decisiva, que si fuese también favorable á los aliados, aumentarían la invasión del Imperio por el Sur y Oeste.

BÉLGICA.—Se están rehaciendo las tropas belgas y recolectando el terreno perdido al principio.

ALEMANIA.—Tiene embotelladas las escuadras, bloqueadas sus costas y penetrados por los rusos y franceses sus territorios del Nordeste y del Sudeste. Grandes batallas se libran entre rusos y germanos, con ventaja para los rusos, que preparan un ejército de 14 millones entre activo y reservas.

AUSTRIA.—La que fué provocadora del conflicto y agresora de Serbia, deflándose ahora, de derrota en derrota, de las invasiones rusa, serbia y montenegrina, siendo inminentes las acometidas de Italia y de Bulgaria. Las augures profetizan el reparto del Imperio austro húngaro.

INGLATERRA.—El gobierno publica su decisión de no admitir paces hasta que sus soldados dominen en Berlín. Además de sus escuadras, propónese poner en pie de guerra un millón de soldados durante el

primer año de guerra, dos millones durante el segundo, tres millones durante el tercero, gastando el último céntimo y el último hombre en su empeño de dejar exterminado el militarismo alemán.

JAPÓN-CHINA.—El Japón sigue despachándose a su gusto, conquistando las colonias alemanas del Oriente. Ha facilitado parte de su artillería gruesa al ejército ruso y ha ofrecido un fuerte contingente para sumarse a los aliados en su lucha contra Alemania en Europa.

HECHOS CULMINANTES

LA BULA DEL PAPA.—El Papa lanzó al campo de batalla su encíclica contra la guerra y en favor de la paz. Tan desgraciado ha sido el documento, que ni le han hecho caso los Estados en guerra, ni se sabe de un soldado católico que haya depuesto las armas, ni aun entre los clericales españoles he logrado aplacar el furor belicoso. Esta bula ha metido poca bulla.

LA CATEDRAL DE REIMS.—Era un monumento notabilísimo del siglo XIII, donde se coronaban los reyes de Francia. Ha sido destruida por la artillería alemana. Las noticias no cuentan lo que ha sido de los copones y formas sagradas.

Los dos jugadores

Don Pancracio era cura, y esto no debe de llamarles a ustedes la atención, porque hay cura que tiene un nombre más feo. Quizá por lo mismo que diariamente se están rozando con todos los santos, huyendo de la vulgaridad, acostumbra...

—¿Pero ellos se ponen los nombres?—me querrá interrumpir algún lector.

—Ya sé yo que no se los ponen ellos, pero... es lo mismo; los curas y las familias de los curas tienen los mismos gustos.

El capitán Venenillo, en cambio, se llamaría quizás Alberto, Arturo ó Rogelio, ó cualquier otro nombre de héroe de novela; pero ello es lo cierto que a nadie le oí llamarlo por su nombre de pila, sino por su apodo de batallón. Y como el nombre no importa al caso, ustedes como yo le llamarán Venenillo, que tanto monta. Después de todo, y para burla y escarnio del santoral, hoy cualquier persona importante se bautiza con un sobrenombre para ser más conocido.

Quedamos, pues, en que el cura se llamaba Pancracio, y el capitán Venenillo.

En lo que no hemos quedado, y ahora vamos a quedar, es en que, tanto al cura como al capitán, les gustaba *verlas venir*...

Y esta frase de *verlas venir* necesita una explicación terminante, que yo voy a dar incontinenti, por si algunos de mis lectores ó lectoras no están al corriente en ciertos tecnicismos de aficiones más ó menos prohibidas.

Verlas venir... á las cigarreras cuando á la caída de la tarde salen todas por aquella puerta de la fábrica de Sevilla, extenuadas unas, tristes y cariaconteidas otras, rebotando gloria y cielo, gracia y luz y colores y calores también otras, ya me presumo que eso lo sabe y le gusta á cualquiera, incluso á nuestros bravos cazadores, nuestros esbeltos mozos del cuerpo de Artillería y nuestros membrudos y esforzados ingenieros, que todas las tardes tienen, ó tenían la costumbre de ir por aquellos alrededores á ver lo que se pellizcaba.

No, señor; *verlas venir* no se dice por las cigarreras—y conste que estoy haciéndoles el honor á mis lectores de tomarlos por inocentitos—sino por las cartas, y en ellas entran los cuatro ases como es consiguiente. As de Oro, que es el primero—¿y quién me lo negará?—As de Copa que es el segundo en el orden cronológico. As de Espada, que es el tercero—aunque sea el primero y principal de taberna adentro y de borracho afuera.—Y As de Basto, que es el último, porque debe serlo.

Por lo tanto, ó por lo cuanto, *verlas venir* significa *verlas jugar*, ó, más claro, *jugarlas*, y libreme Dios de ese pecado por los siglos de los siglos. Amén.

Pues eso era lo que hacían Pancracio (cura) y Venenillo (capitán), jugarlas sobre el tapete verde: el uno, la pecunia que le rendían sus misas, sermones y responsos, y el otro su haber correspondiente a las tres estrellas.

Y por qué circunstancias vienen á encontrarse los dos ante una misma mesa de un círculo de nuestra capital en cierta noche de funesta memoria para ambos!

El cura, como cura, era muy callado y muy circunspecto; y el capitán, como capitán, muy locuaz y maldiciente: esto otro en grado superlativo, que es lo mismo que el grado de capitán general príncipe de la milicia.

El banquero echaba cartas: el cura ponía una misa ordinaria, ó sean dos pesetas, al caballo... El caballo venía: cuatro pesetas para el cura.

Venenillo dejaba un día de haber sobre el rey... Venía la contraria. ¿Y para qué venía?

—¡Voto á San Pablo y San Pedro y Santa Cecilia, esa musicanta de los demonios!—prorrumpía el capitán lleno de ira.

El cura ponía sus dos pesetas al rey... El rey en seguida. Pancracio

metía el dinero en la hucha ó tu chaca.

Venenillo cinco pesetas al caballo, ya que el rey le había sido infiel, a pesar de estar á su mejor servicio... ¡Claro! Vino el rey... Pues Venenillo perdió.

—¡Voto á Santa Ursula y á las once mil vírgenes y mártires degolladas en Egipto, que yo no lo creo!—decía todo enfurecido y dando de patadas en el suelo como un potro de sangre amarrado a la argolla del pesebre.

El cura, viendo la mala suerte del capitán, y lleno de esa santa unción apostólica que tiene todo aquel que gana y le vienen las cosas bien, y molestando, sin duda, de oír aquella tempestad de maldiciones, dirigiéndose a Venenillo, le dijo:

—Amigo: ¿como quiere usted que Dios le proteja en la suerte si no hace otra cosa que ofenderle? Haga lo que yo; encomiéndose a él, que todo lo puede, hasta hacer de un rey una sota!

—Compañero—díjole Venenillo:—llevo así semana y media: ¡un día más y me pego un tiro!

—¡Vaya, vaya!—contestóle Pancracio.—Para que usted se convenza de que quien á Dios alaba jamás se encuentra desamparado en ningún trance de la vida, vamos á poner una *vaquilla* entre los dos.

—Vaya el auro que me resta—díjole Venenillo, echándole la moneda a Pancracio.

—Aquí está el otro—dijo éste.

El cura coloca los dos auros sobre el caballo; jueganse las cartas... ¡El caballo!

El capitán da un salto de alegría; el cura le dice:

—¿Está usted convencido? No hay más que alabar á Dios para ganar en todo.

—Repita usted, compañero, con toda la cantidad, y... ¡bendito sea Dios!—dice Venenillo a Pancracio.

Este coloca los cuatro duros á la sota. Se juega... ¡La sota!

—¿Está usted convencido?—repite el cura, nervioso de alegría.

—¡Bendito sea! ¡Bendito sea!—repite Venenillo.—Compañero: la última y nos vamos. ¡Todo á una!

Pancracio echa los ocho duros al rey... Momentos de ansiedad: era un buen desquite. Se juegan las cartas... ¡La contraria!

—¡Voto a esto, á lo de allá, á lo de más allá, á lo de acullá, incluso la Corte celestial, sin dejar fuera á San Cucufate!—grita hecho un energúmeno Venenillo. Y dirigiéndose al cura, que estaba estupefacto, le dice:

—¿Y ahora? ¿Le parece á usted que siga arabiando a?...

Y el cura, echando fuego por los ojos, sin poderse contener, le dice: —¡Ay, amigo de mi alma! ¡Ahora

tiene mucha razón, pero mucha razón, pero muchísima razón! Añada usted á sus maldiciones otras tantas, y una más que me callo... ¡porque soy de la clase!

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN

Los frailes españoles,
antes que españoles, frailes.
Los frailes franceses,
antes que frailes, franceses

Véanlo los lectores.

Según una relación oficial que publica la Prensa francesa, el día 8 había en filas 7.868 sacerdotes franceses.

No están incluidos en la estadística los frailes franceses que residían en el Extranjero y que han abandonado sus conventos para incorporarse al ejército.

Los maronitas, del Asia, que pasan de 6.000, han solicitado ser transportados al teatro de la guerra para luchar.

De los jesuitas nada se dice. Ellos no quieren más milicia que la ignaciana de ejercicios espirituales á las esposas y novias de los oficiales en campaña.

En cambio, en España, los frailes han minado contra ley y contra fuero la política, para eximirse del servicio, en tiempo de guerra y en tiempo de paz.

¿Si tendrán razón los extranjeros al decir que nuestros frailes son los peores?...
¡AL LADRON!

«¡Detenedle!... ¡Al ladrón!... ¡Al ladrón!» La multitud persigue á un hombre, furiosa, sin saber de qué se trata. Por fin el ladrón es detenido. Un agente le sale al paso, y le arresta. El hombre es de tipo vulgar.

El gentío se agita como un haracán ó como la marea que sube; le rodea, le asalta, le aplasta; los puños se levantan amenazadores y caen sobre el desgraciado, y el agente apenas puede calmar aquella tempestad. Una mujer sofocada sale de entre los grupos.

—Señor agente: este hombre acaba de arrancarme de las manos mi bolsa de oro.—Y gritando ¡ladron! ¡ladron! ¡toma! ¡toma! descarga repetidas veces sobre el individuo detenido. El agente la contiene.

—Vos no os podeis vengar así, señora—le dice.—Seguidme á la Comisaría.

La escena ha ocurrido delante de un gran almacén. El agente, el ladrón y la señora se ponen en camino para la Comisaría próxima. La multitud les sigue. La señora continúa lanzando al delincuente miradas feroces, y diciendo:

—Seguramente que voy á declarar. Debería detenerse á todos esos bandidos y enviarlos á una isla desierta; que no quedara uno sobre el suelo de París...

El ladrón no decía una palabra. Tenía las apariencias de un mendigo, de un muerto de hambre. Joven, delgado, con cabellos rubios despeinados y sobre la frente. Parecía distraído, poco preocupado de lo que pasaba á su alrededor ni de los golpes recibidos del agente. Había visto brillar el portamonedas y lo había arrancado de las manos que lo sostenían. Estaba preso. Buscaba un asilo y

un pedazo de pan, y los había hallado. He aquí todo.

—El señor comisario está ocupado—dijo un empleado al llegar el grupo á la Comisaría.

La mujer continuó gesticulando, asemejándose á una Furia persiguiendo el Címen. Por la décima vez repitió la historia de su saco robado.

—Si, será condenado. El robo ha sido en público. ¡Robada! ¡Robada en pleno día! ¡Ya no hay seguridad!...

El agente contemplaba en silencio el portamonedas de oro que había hallado bajo la blusa del ladrón. El ladrón contemplaba sus pies, que se salían de los destrozados zapatos. Los curiosos, en la puerta, contemplaban lo que podían.

Por fin, el comisario apareció en el dintel de su despacho, conduciendo á una señora elegante que parecía muy apesadumbrada.

—¿Qué quiere usted, señora!—decía el comisario.—Es preciso resignarse; cada día ocurren cosas semejantes y no es costumbre que los ladrones traigan á la Comisaría los objetos robados.

—¿Qué desgracia!—respondió la dama—perder de una vez un saco de oro, un reloj, un brazalete y una sortija...

La señora aquella parecía tomar por testigos de su desdicha á todos los presentes.

—¡Mi ladrona!—gritó de pronto señalando á la robada por el joven.—Señor comisario, hola aquí; es ella. Estaba sentada en el almacén probándome unos guantes, con el portamonedas sobre las rodillas, y ella me lo escamoteó y huyó; pero la reconozco... y reconozco mi portamonedas.

Sorpresa general. El ladrón levantó la cabeza ineresado por la peripecia, y sonrió ligeramente. La acusada, aturrida por un instante, intentó hacer cara á la recién llegada.

—Este portamonedas es mío, señor comisario. Esta señora no sabe lo que se dice... Puede haber dos portamonedas iguales,

—Y más de dos—dijo el comisario.

—En fin, ahora lo veremos. ¿Qué hay dentro de la bolsa, señora?—preguntó á la acusada.

—Un reloj.

—No es difícil de adivinar, pues acabo de decirlo—observó la segunda señora.

—¿Cómo es el reloj?—insistió el comisario.

—De oro—respondió la interesada.

—De oro y brillantes—rectificó la otra.

El comisario exhibió el reloj. Era la segunda señora quien tenía razón.

—¿Y el brazalete?

—Adornado con brillantes—dijo la una.

—No, por cierto: de oro solamente—dijo la otra. Esta tenía esta vez razón.

—¿Y la sortija?

—¡Bah! no lo sé—exclamó la interrogada, dándose por vencida.

—Además—dijo el comisario siguiendo el inventario—hay...

—Mi pañuelo—respondió la señora elegante—con mi nombre bordado, «Mercedes»; además mi portamonedas con cuarenta francos.

—Exacto, señora. Aquí tiene usted su bolsa con lo que guarda. Déjeme usted tan sólo su dirección, á fin de avisarla cuando tengamos necesidad de su declaración.

La señora dió graciosamente su dirección, y salió contenta. El comisario hizo entrar entonces en su despacho al ladrón y á la ladrona.

El ladrón, después de su sonrisa, no había desplegado los labios: la ladrona parecía contrariada.

Su interrogatorio iba á empezar, cuando un ordenanza trajo una tarjeta al magistrado.—Que entre ese caballero.

El caballero entró bien vestido, correcto, con aires de comerciante rico.

—Caballero—dijo el comisario—dentro de un momento soy con usted... tengo un asunto...

—No será muy largo, señor comisario. Hace cosa de dos horas ha entrado en mi tienda de joyería una señorita joven, bonita y elegante, para comprarme diferentes

objetos. Como iba bien vestida, le mostré cuando tenía de mejor en mi tienda. Lo miró todo y dijo que ya volvería. En cuanto hubo partido advertí la «desaparición» de una bolsa de oro, de un reloj con brillantes, de un brazalete de oro y de una sortija de esmeraldas. Claro que todo lo doy por perdido, pero debía comunicarlo á la policía. La casualidad á veces...

—La casualidad ha llegado, pero se ha vuelto á marchar. Ha sido usted robado tres veces, y si hubiese usted llegado tres minutos antes estaría ya en posesión de lo suyo. Su ladrona ha sido robada por esta señora, y ésta por ese señor. Luego, la primera ladrona se ha marchado con el producto del robo que yo la he entregado.

El ladrón se echó entonces á reír francamente.

—Conténgase usted—dijo el comisario,—no está usted aquí para divertirse.

El comisario llamó y dió á un empleado la dirección de la señora del bolso.

—Señora doña Mercedes Donurio, calle de Rívoli. Aunque esta cerca, tomad la bicicleta y andad á prisa.

El empleado regresó á los pocos minutos.

—Desconocida—dijo.

—Era de prever—observó el comisario.—Sólo tiene usted la probabilidad de que doña Mercedes vuelva para reclamar contra la otra ladrona. Calle, ¿dónde se habrá metido?

La ladrona, efectivamente, se había escapado durante la conversación. Sólo quedaba el ladrón.

Este, dirigiéndose respetuosamente al joyero, le dijo sencillamente:

—Señor, sólo quedamos usted y yo.

—A fe mía que tiene el aspecto de un hombre honrado—respondió indirectamente el joyero, dirigiéndose al comisario.—Quizá me conviniera para vigilar mi tienda.

La cosa no fué posible.

Algunos días después el ladrón fué condenado á tres años de cárcel. Al leerse la sentencia, exclamó:

—Otra vez procuraré robar á personas honradas... si es que las hallo; cosa que me parece difícil.

GUSTAVO GEFFROY

Libros á mitad de precio
hasta fin de Septiembre

“Milagros comentados”

POR

José Nakens

PRECIO DOS PESETAS

CIENCIA
Y RELIGION

Por Malvert

85 grabados.—Precio: 1 peseta.

Mi paso por
la Cárcel

(2.ª edición)

Precio: DOS pesetas.

Jos Nakens

LA RELIGION
AL ALCANCE DE TODOS
Una peseta

IMPRENTA ARTÍSTICA DE SAEZ, HERMANOS.
MONSERRAT, 7.—MADRID.